

Olvido y cuidado en la mística sanjuanista

JUAN ANTONIO MARCOS, OCD
Universidad P. Comillas (Madrid)
jamarcos@comillas.edu

Era la noche del viernes santo, 25 de marzo de 1300, Dante y Virgilio se topaban con aquella enigmática y descorazonada inscripción de la puerta del infierno: «Lasciate ogne speranza, voi ch'intrate» (*Canto* 33,9). Nosotros, creyentes del siglo XXI, ¿hemos dejado ya toda esperanza, o todavía esperamos algo? Si es así, ¿qué o a quién esperamos? La palabra esperanza ¿tiene algo que decirnos?, ¿toca a la profundidad de nuestro ser? Lo cierto es que no hay vida cristiana auténtica sin apertura a la esperanza y a sus infinitas posibilidades. En este sentido, san Juan de la Cruz escribía en uno de sus poemas: *esperanza de cielo / tanto alcanza cuanto espera*. Y aquí 'cielo' equivale a Dios, para quien todo es posible.

La esperanza implica para san Juan de la Cruz estar dispuestos a dejar de lado todo el saber sobre Dios que creíamos poseer y dedicarnos, simplemente, a esperar a Dios. Y esto no es fácil. Pues nada le resulta tan difícil al hombre como esperar a Dios. Siempre anda fabricándose él mismo una imagen de Dios en lugar de esperar a cómo es él mismo y a que venga. *Subida* no es otra cosa que una lucha contra las idolatrías, contra los falsos dioses y las falsas imágenes que nos hacemos de Dios. Nada caracteriza tanto nuestra vida espiritual como esas imágenes que nos fabricamos de Dios:

Pienso ahora en el teólogo [escribe Tillich] que no espera a Dios, porque ya lo posee encerrado en una doctrina. Pienso en el estudioso de la Bi-